

Filosofía

Jens Bücher
Santo Domingo, Abril 2024

El querer, el amar saber bien - filosofía - tiene sus orígenes en la profunda prehistoria. Muchos animales, en especial los mamíferos, muestran desde temprana edad una viva curiosidad por saber, y desde luego nosotros también.

La curiosidad es - en medicina china - una clara característica de un yang sano, expansivo, petitivo, de un yang ansioso de un buen y eficaz interactuar con el mundo. Saber más y mejor es atractivo, entretenido y útil para los seres vivos dotados de cierto nivel de inteligencia.

La especie humana desarrolló el uso de su inteligencia en forma significativa durante los últimos dos millones de años, y más aun durante los últimos doce mil años. El mundo concebido intelectualmente - horizontes de referencia sociales, culturales y tecnológicos - desplazó de la conciencia colectiva en forma notoria el mundo concebido sólo naturalmente, el horizonte de referencias inmediatas así como dadas en la naturaleza, bosque, río, familiares o peligros.

La cultura promovida por los proto-indoeuropeos unos cinco mil años atrás y expandida en áreas amplias de Europa y el occidente de Asia junto a su idioma, uso de caballos y carros, y un paquete neolítico perfeccionado, condujo a un cambio de prioridades existenciales en gran parte del mundo (intelectualización de la experiencia vital, utilización de sí y de otros, búsqueda de la gloria, plutocracia y muchos otros), un cambio del cual parece no podemos liberarnos aun hoy en día. (En China hubo un cambio similar al descrito aquí aunque contrarrestado dos mil quinientos años atrás parcialmente por el taoísmo.)

Recordar acontecimientos y proyectar estos acontecimientos hacia el futuro llevó prontamente a asignar a las palabras (señas visuales y/o sonidos asociados) que los nombran una cualidad de objeto, de objeto independiente (!) de la mente, de "objeto" que puede ser manipulado mentalmente como tal. Las bases para seguir conceptualizando, para ordenar, descartar, analizar, juntar, cambiar y jerarquizar ideas, estaban ahora dadas.

Y también estaban dadas ahora las condiciones para atribuir a estos conceptos y a estas ideas ciertos valores y ciertos rechazos de índole ético muy alejados de la naturaleza: "Morir por la patria es un honor que te llenará de gloria y te hará inmortal." La intelectualización de la vida, de la existencia, en perjuicio de nuestra naturaleza y de nuestro sano pensar, pervade hoy amplios espacios de nuestras vidas.

Heráclito se defendió de esta intelectualización - y rigidización - de varias maneras, mostrando aquí y allá que las palabras y los conceptos pueden llevar a conclusiones irracionales e irreales. La visión dinámica de la vida y de la naturaleza siguió siendo su norte ("todo fluye"), y su postura humilde y observadora encontró poco eco entre sus contemporáneos y seguidores (como "Heráclito el Oscuro" lo recordó Aristóteles más tarde).

También se defendieron de los errores intelectualizadores los taoístas en China.

Con el advenimiento en Grecia de los primeros así llamados filósofos el querer saber quedó fuertemente limitado al campo del pensar (pensar y ser es lo mismo, Parménides), excluyendo otros modos de percibir, de intuir, de crear relaciones, de encontrar sentido). Filosofía se convirtió

paulatinamente en un amar, un querer el saber del saber, y en – supuestamente - sabiduría. Saber bien propusieron estos hombres, era pensar bien (lógicamente, según sus particulares parámetros), era pensar, discurrir y concluir “correctamente”, era entonces poder establecer también principios éticos a prueba de errores.

A partir de aquí y bien hasta nuestros días la filosofía - el querer y el amar el saber - se ha limitado a la capacidad de abstraer, se ha limitado al quehacer de quienes asignan a palabras y a los conceptos la cualidad de objetos, objetos con los cuales construir las construcciones que construyen (y sin mucho reparar en motivación, condiciones y contenidos de lenguaje simbólico), se ha limitado al quehacer de quienes demandan de estos artificios intelectuales los medios con que supuestamente sí poder encontrar la seguridad absoluta, metódica, sistémica, seguridad que no saben encontrar afuera del pensar, en la naturalidad, la humildad y la confianza (y de muchos otros factores de los cuales obviamente depende la sabiduría). Pero estas construcciones intelectuales se asientan en estados y flujos emocionales individuales y colectivos que no se toman habitualmente en cuenta, o en forma poco comprometida consigo mismos, al contrario, del cual parecen liberarse en abstracciones cada vez más alejadas de su base. La complejidad de la vida, de la naturaleza en general, es evitada sistemáticamente.

(Un fenómeno muy parecido al quehacer médico en general, quehacer que se dedica prioritariamente a los efectos somáticos resultantes de los procesos biológicos, intelectuales, valóricos y emotivos que frecuentemente dan pie a la patología, y que sistemáticamente - parece - desconoce y por tanto no se detiene a considerar y a tratar. Y semejante desde luego a lo que ocurre en otros campos del quehacer humano: en justicia, en educación, en psicología, en biología, en economía, en política y en otros).

Vida es energía, nosotros somos cada uno una expresión de esta energía de vida, y lo que pasa por nuestra mente está condicionado íntimamente por ella. No es posible tener un conocimiento amplio, relevante y veraz de algo sin tenerla en cuenta. No es posible hacer filosofía (ni salud ni muchas otras cosas) "allá en el aire, afuera de nosotros", "allá sin la energía que la sustenta y condiciona".

Pero todos, en algún momento de nuestras vidas, queremos saber, queremos saber ver e interactuar con mundo, personas, vida y salud en forma realista, natural y eficaz, y queremos nombrar todo esto, si es necesario nombrarlo, sin maular. ¿Qué es sentido? ¿Qué es mi sentido, aquí, ahora?

"Gnothi seautón", concéte a ti mismo (inscripción en el templo de Apolo en Delfos, previo a Heráclito), muestra otro camino de la filosofía, del querer saber, de la sabiduría, de este ir curiosamente al encuentro de la realidad - y ahora empezando por la propia. Más de dos mil quinientos años después he planteado en mi trabajo en el ámbito de la salud algo parecido pero dicho de otro modo: "¿Quién eres, qué quieres?, ¿cómo, haciendo qué, eres tú más tú?"

Hemos recordado así a muchas personas el camino hacia el saber de sí - esta filosofía de la intimidad, esta filosofía de la vida – propia, relevante y con sentido - , hacia el saber del amor, de la creatividad, de la resonancia con naturaleza, animales y otras personas, el saber de la gestación de las grandes cosas que saben hacer artistas, creadores y naturalistas, el saber de nuestras profundidades emotivas, espirituales, de reverencia y de gratitud, el saber del paciente camino hacia una madurez plena de sorpresas y riquezas, hacia el saber, en fin, de lo que sostiene y rodea nuestra conciencia tanto afuera en la naturaleza como también dentro de nuestra intimidad, de lo que energiza todo esto, lo posibilita, nutre y mantiene.

Repetidamente hemos recordado - con respeto y cariño - el camino hacia esta otra filosofía, hacia esta filosofía amplia, compleja y profunda, hacia este otro querer y amar el saber.